

EL FLAGELO DE MEKTOUB

por

PAUL ERNST

Como lugarteniente del gran Mektoub, el jeque Lakhdar era un hombre poderoso en el Norte de Africa. No lo era tanto como el Echamachi. En comparación con este otro ayudante del jefe era lo que la mano izquierda es con respecto a la derecha. Pero sea como fuese lo cierto es que Lakhdar era un poder desde el sur de Tánger hasta el Congo y desde Touggourt al mar.

Muchos censuraban a Mektoub por conceder tan elevada posición a un hombre como Lakhdar. Otros simpatizantes con el proscrito que luchaba contra Francia, también se lamentaban de la elección que Mektoub había hecho de su mano izquierda; un monstruo de crueldad. ¿Cómo era posible que un jefe tan inteligente e idealista como Mektoub cerrara los ojos ante las atrocidades que cometía su segundo subordinado?

Había quienes suponían que el jefe rebelde había escogido deliberadamente aquel sádico ser para determinados fines. En toda rebelión son necesarios ocasionales actos de intimidación para evitar que los indígenas hagan traición y entreguen los rebeldes a las autoridades. Es necesario el terrible auxiliar llamado Terror. Otros decían que Mektoub utilizaba a Lakhdar como su flagelo, deplorando la necesidad de utilizarlo, pero utilizando para su provecho, el innato placer que el jeque experimentaba torturando a sus semejantes.

En fin, fuera por lo que fuese, lo cierto era que Lakhdar había sido elevado al poder por Mektoub. Y aprovechaba ese poder para entregarse a menudo a las san-

grientas orgías de muertes y torturas que su diabólica alma adoraba.

En aquella brillante mañana dirigíase a calmar sus feroces instintos en un campamento de beduinos, bastante al Sur, y al oeste de Touggourt.

Vista desde lejos la banda de Lakhdar, ofrecía un aspecto bastante pintoresco. Los hombres y los camellos, al caminar por encima de las arenosas dunas formaba un movible bajo relieve al destacarse contra el azul turquesa del cielo. Sus ropas eran rojas, blancas y azules, contrastando violentamente con el pardo color de los camellos. Sin embargo, vistos más de cerca, su aspecto era mucho menos llamativo.

Aquellos hombres habían sido escogidos en los bajos fondos de las ciudades africanas, había desertores de los batallones de tiradores senegaleses, varios ingleses sacados de los barrios bajos de Tánger, árabes de Túnez, Argel y Marruecos, y numerosos ex legionarios franceses. Y todos estaban dispuestos a ejecutar fielmente las órdenes que les diera su feroz jefe.

A primera vista, Lakhdar, que iba al frente de sus hombres, montado en un camello blanco, parecía muy distinto de lo que realmente era. Alto, enjuto, con la barba recortada y un turbante de immaculada blancura, que era su mayor orgullo. Sus manos eran delgadas y finamente dibujadas, su nariz aguilena y elegante. Pero los ojos y la boca le traicionaban. Sus ojos tenían el acerado brillo de los de una pantera; la boca era una línea abierta en el rostro. Cubierto con un albornoz azul parecía una daga dentro de una fun-